

Se formó una solemne procesion de todo el ejército con los eclesiásticos á la cabeza, llevando cada soldado un ramo de palma en las manos, y el concurso se aumentó progresivamente con millares de indios de ambos sexos que seguian llenos de curiosa admiracion el espectáculo. Las largas filas se dirigieron por entre las florecientes praderas que circundaban la ciudad al templo principal, donde se erigió un altar, y la imágen de la deidad que presidia, fué depuesta para hacer lugar á la de la vírgen con el niño salvador en sus brazos. Celebró misa el padre Olmedo, y los soldados que eran capaces le acompañaron en los solemnes cantos. Escuchaban los nativos con profundo silencio; y si hemos de creer al cronista que presencié este acontecimiento, se deshacian en lágrimas, al mismo tiempo que se infundia en sus corazones un temor reverencial hácia el Dios de estos terribles guerreros, que parecia gobernaban con sus manos los truenos y los rayos (2).

La religion católica romana, debe confesarse, tiene algunas ventajas decididas sobre la protestante para el fin de hacer prosélitos. La deslumbrante pompa de sus ceremonias, y su patética interpelacion á la sensibilidad, afectan la imaginacion del rudo hijo de la naturaleza mas intensamente que las frias abstracciones del protestantismo, que dirigiéndose solo á la razon, exigen un grado de refinamiento y cultura mental en el auditorio para comprenderlas. Además, el respeto mostrado por los católicos á la representacion material de la divinidad, facilita en gran manera el mismo objeto. Es cierto que tales representaciones se usan como incentivos mas bien que como objetos de culto; pero esta distincion no era perceptible al salvaje que encontraba tales formas de adoracion demasiado análogas á las suyas, y que por lo mismo no se hacia gran violencia á sus sentimientos, como que se le exigia únicamente trasladar su homenaje del simulacro de Quetzalcoatl, la benéfica deidad que habia habitado entre los hombres, al de la Vírgen ó del Redentor. De la cruz que habia venerado, como emblema del Dios de la lluvia, al mismo signo como símbolo de salvacion.

Concluida la solemnidad, se preparó Cortés á volver á sus embarcaciones, bastante satisfecho de la impresion hecha en los recién convertidos, y con las conquistas que habia adquirido para Castilla y para la cristiandad. Los soldados, despidiéndose de sus amigos indios, entraron en los botes con palmas en las manos, y bajando el rio volvieron á bordo de sus buques que estaban anclados á la entrada de él. Soplabá una brisa favorable, y la pequeña armada, desplegando sus velas para recibirla, pronto se vió otra vez caminando para las doradas playas del imperio mejicano.

(22) Gomara, Crónica, cap. 21 y 22.—Carta de Veracruz, MS.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 351.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

CAPITULO V.

VIAJE A LO LARGO DE LA COSTA.—DOÑA MARINA.—DESEMBARCAN LOS ESPAÑOLES EN MEJICO.—ENTREVISTA CON LOS AZTECAS.

1519.

Caminaba la flota tan cerca de la playa, que podia distinguirse á los que la habitaban; de manera que al pasar por las tortuosas orillas del golfo, los soldados que habian acompañado á Grijalva, señalaban á sus camaradas los lugares memorables de la costa. Aquí estaba el *rio de Alvarado*, llamado así posteriormente en honor del valiente aventurero, que iba entonces en esta expedicion: allí el *rio de Banderas*, en el cual habia entablado Grijalva un comercio tan lucrativo con los mejicanos; y mas adelante la *isla de los Sacrificios*, donde los españoles encontraron por la primera vez vestigios de sacrificios humanos en la costa. Al escuchar Puertocarrero estos recuerdos de los marineros, repetia las palabras del antiguo romance de Montesinos: „aquí está Francia; allí Paris, y allá las aguas del Duero &c.” (1). „Pero yo os aconsejo,” añadió volviéndose á Cortés, „cuidaros solo de las ricas tierras y del mejor medio de gobernarlas.”—„No temais,” replicó el comandante; „si la fortuna me favorece como á Orlando, y tengo caballeros tan valientes como vos por compañeros, yo me entenderé muy bien con lo demas” (2).

La armada habia arribado entonces á San Juan de Ulúa, isla nombrada así por Grijalva. El tiempo era templado y sereno, y multitud de nativos se veian reunidos en la playa del continente, contemplando el extraño fenómeno para ellos de los buques, que caminaban con poca vela sobre el manso seno de las aguas. Era la tarde del juéves de la semana santa: una brisa suave venteaba en la proximidad de la costa, y Cortés, agradándole el paraje, creyó que podria anclar con seguridad á sotavento de la isla, la cual le defenderia de los nortes que soplan en estos

(1) „Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero
Do van á dar en la mar.”

Son las palabras de un antiguo romance popular, que segun me parece, se publicó primero, en el romancero de Ambéres, y últimamente por Durán, romances caballeroscos é históricos, parte 1, p. 82.

(2) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 37.

mares con gran violencia en el invierno, y algunas veces tambien hasta muy entrada la primavera.

No habian permanecido ancladas largo tiempo las naves, cuando una ligera piragua, llena de nativos, se vió desprenderse del continente y dirigirse al vecino buque que montaba el general, el cual se distinguia por estar flotando en uno de sus mástiles la insignia real de Castilla. Los indios vinieron á bordo con una franca confianza, inspirada por las noticias que habian esparcido acerca de los españoles los primeros que habian comerciado con Grijalva. Trajeron presentes de frutas, flores y pocos adornos de oro, que alegremente cambiaron por los dijes acostumbrados. Cortés se vió burlado en sus tentativas de entablar con ellos una conversacion por medio del intérprete Aguilar, pues ignoraba el idioma, en razon de que el dialecto maya en que estaba versado tenia poca semejanza con el azteca. Los nativos suplieron esta falta hasta donde fué posible con la extraordinaria vivacidad y expresion de sus gestos, que pueden considerarse como los geroglíficos de la habla; pero el comandante español vió con pesar los embrazos que debia encontrar en lo futuro, por falta de un medio mas perfecto de comunicacion (3). En este momento se le instruyó de que una de las esclavas que le habian donado los gefes tabasqueños, era mejicana de nacimiento y entendia el idioma. Su nombre, esto es, el que le dieron los españoles, era Marina; y como que ejerció la influencia mas importante en la fortuna de aquellos, es necesario instruir algo al lector sobre su historia y carácter.

Era nativa de Painalla, en la provincia de Coatzacoalco, situada en los confines del imperio mejicano hácia el sudeste. Su padre, rico y poderoso cacique, murió cuando ella era muy niña: su madre contrajo segundas nupcias, y teniendo un hijo, concibió la idea de asegurar á este fruto de su segunda union la herencia legítima de Marina. Consiguientemente fingió que ésta habia fallecido, y la entregó á unos mercaderes ambulantes de Jicalanco: al mismo tiempo se aprovechó de la muerte de la hija de una de sus esclavas para substituir su cadáver al de la suya, y se celebraron las exequias con falsa solemnidad. Estos pormenores están relatados por el honrado y anciano soldado Bernal Diaz, que conoció á la madre, y presenció el generoso trato que recibió despues de Marina. Los negociantes vendieron la doncella india al cacique de Tabasco, quien la donó, como hemos visto, á los españoles. A causa del lugar de su nacimiento sabia bien la lengua mejicana, que se dice hablaba con mucha elegancia. Su residencia en Tabasco la familiarizó con los dialectos del pais, y de esta manera podia sostener una conversacion con Aguilar, que él á su vez vertia al castellano. Así se abrió á Cortés un canal cierto, aunque algo tortuoso, de comunicacion con los aztecas, circunstancia muy importante para el buen suceso de su

(3) Las Casas juzga que el significado de los gestos indios, indicaba una imaginacion muy viva. „Señas é meneos con que los indios mucho mas que otras generacionen entienden y se dan á entender, por tener muy vivos los sentidos exteriores y tambien los interiores, mayormente que es admirable su imaginacion.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.

empresa. No transcurrió mucho tiempo sin que Marina, que tenia un ingenio vivo, aprendiera el castellano lo suficiente para hacer inútil la intervencion de otro intérprete. Lo aprendió muy pronto, como que era para ella el idioma del amor.

Cortés, que desde el principio apreció el valor de sus servicios, la hizo su intérprete, luego su secretaria, y despues, cautivado por sus encantos, su querida. Tuvo en ella un hijo, D. Martin Cortés, comendador de la órden militar de Santiago, menos distinguido por su nacimiento que por sus no merecidas persecuciones.

Marina estaba entonces en la primavera de su vida: se dice que poseia extraordinarios atractivos personales (4); y sus regulares y expresivas facciones indicaban la generosidad de su alma. Siempre permaneció fiel á sus compatriotas por adopcion; y su conocimiento del idioma, de las costumbres de los mejicanos y muchas ocasiones de sus planes, le proporcionaron oportunidad de sacar á los españoles varias veces de las situaciones mas embarazosas y arriesgadas. Tuvo errores como hemos visto; pero deben imputarse mas bien á los defectos de su primera educacion y á la maligna influencia de aquel á quien por la obscuridad en que estaba envuelto su entendimiento, vió con sencilla confianza como la luz que habia de guiarla. Todos convienen en que estaba adornada de excelentes cualidades; y los importantes servicios que prestó á los españoles, hicieron que su memoria les fuera tiernamente cara, al mismo tiempo que el nombre de Malinche, con el cual es conocida todavia en Méjico, era pronunciado con afecto por las razas conquistadas, por cuyos infortunios mostró una invariable simpatía (5).

(4) „Hermosa como Diosa,” dice Camargo hablando de ella. (Hist. de Tlascalala, MS.) Un poeta moderno paga á sus encantos el siguiente tributo, no poco elegante:

„Admira tan lúcida cabalgada
Y espectáculo tal Doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina.
* * * * *

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo;
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo,
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo;
Reina parece de la Indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.”

MORATIN, Las Naves de Cortés Destruídas.

(5) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Gomara, Crónica, cap. 29 y 26.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, pp. 12-14.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 79.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 37 y 38.

Hay alguna discordancia entre las noticias sobre la primera vida de Marina. Yo

Con la ayuda de sus dos inteligentes intérpretes entabló Cortés conversacion con los indios. Supo que eran mejicanos, ó mas bien, súbditos del grande imperio azteca, del cual era su provincia una de las mas recientemente conquistadas, comparativamente hablando. Estaba gobernado el pais por un poderoso monarca, llamado Montezuma (6), que habitaba en las mesas de las montañas del interior, cerca de setenta leguas de la costa, y su provincia era regida por uno de sus nobles, llamado Teuhtlile, cuya residencia estaba situada á ocho leguas de distancia. Cortés los instruyó á su vez de las miras pacíficas que traía al visitar el pais, y del deseo que alimentaba de tener una entrevista con el gobernador azteca. Despues los despidió cargados de presentes, habiéndose cerciorado primero de que en el interior habia abundancia de oro, igual á las muestras que habian traído consigo.

Satisfecho Cortés de las maneras de los habitantes y de las buenas noticias que habia tenido del pais, resolvió fijar allí por entonces sus cuarteles. La mañana siguiente, 21 de abril, que era viernes santo, desembarcó con toda su fuerza en el mismo sitio donde ahora está erigida la moderna ciudad de Veracruz. Tal vez no imaginaria el conquistador que la desolada playa donde fijó primero su planta, fuera un dia cubierta por una poblacion floreciente, el grande emporio del tráfico europeo y oriental, la ciudad comercial de Nueva-España (7).

Era un ancho y bien nivelado plano, excepto donde la arena habia sido amon-

he seguido á Bernal Diaz, quien por los muchos medios que tuvo de hacer sus observaciones, debe considerarse como la mejor autoridad. Felizmente no hay diferencia en la estimacion de sus méritos y servicios singulares.

(6) El nombre del monarca azteca, así como los de las mas personas y lugares de Nueva-España, han sido convertidos en todos los modos posibles de la ortografía. Los historiadores españoles modernos comunmente le llaman Motezuma; pero como no hay razón para suponer que esto sea correcto, he preferido arreglarlo al nombre con que por lo comun le conocen los lectores ingleses. Es el adoptado por Bernal Diaz; mas no por algun otro de los contemporáneos, al menos que yo sepa (*).

(7) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 79.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 16.

Nueva Veracruz, con cuyo nombre se conoce, lo es distinta, segun veremos mas adelante, de la erigida por Cortés, y no se fundó hasta fines del siglo diez y seis por el conde de Monterey, virey de Méjico. Le concedió los privilegios de ciudad Felipe III en 1615. Ibid., tom. III, p. 30, nota.

(*) El traductor ha preferido el nombre de Montezuma, fundándose en la respetable autoridad de Berni, cuyas páginas relativas á los descendientes del emperador azteca, transcribirá literalmente.

Títulos creados en el reinado de Felipe II.—Año de 1556.

§ 2.º—Conde de Montezuma.—Esta ilustrísima familia de los condes de Montezuma, viene de los emperadores de Méjico, y goza de la pension de 40.000 pesos. Está enlazada con los excelentísimos señores duques de Sessa y Atrisco. Su actual poseedor es el Exmo. Sr. D. Gerónimo de Oca, conde de Montezuma.—(Creacion, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla. Valencia, 1769, p. 227.)

tonada en pequeños collados por el soplo constante de los nortes. En estas colinas de arena montó su pequeña batería, á fin de que dominara el pais. Despues ocupó á las tropas en cortar troncos de árboles y arbustos de los que crecian en las inmediaciones, con el objeto de proporcionarse un abrigo provisional. En esto le ayudaron los habitantes del pais, enviados segun parecia, por el gobernador del distrito á favorecer á los españoles. Con su auxilio fijaron en la tierra firmemente unas estacas y las cubrieron con ramas de árbol, esteras y mantas de algodón que los hospitalarios nativos les trajeron. De esta manera se procuraron en dos dias una buena defensa contra los abrasadores rayos del sol, que hieren con una intolerable fuerza en aquellas arenosas playas. El sitio estaba rodeado de pantanos y ciénagas, cuyas exhalaciones, convertidas por el calor en la pestilente malaria, han ocasionado mayor mortandad en los europeos que los huracanes de la costa. Las enfermedades biliosas, ahora terrible azote de la tierra caliente, eran poco conocidas antes de la conquista. La semilla del veneno parece fué esparcida por la mano de la civilizacion, pues basta fundar una ciudad y trasladar á ella una industriosa poblacion europea, para hacer aparecer la malignidad del veneno que antes se mantenía oculto é inofensivo en la atmósfera (8).

Mientras se hacian aquellos preparativos, venian en gran número los indios que habitaban el distrito contiguo, el cual era medianamente populoso, inducidos por la curiosidad natural de ver á los extraordinarios forasteros. Trajeron consigo frutas, vegetales, flores en abundancia, caza y muchos manjares sazonados al uso del pais, con un poco de oro y otras producciones de la tierra. Donaron algunas y cambiaron otras por los efectos españoles. Así que, el campo lleno de una multitud de gente de todas edades y sexos, tenia la apariencia de una feria. Cortés supo por algunos de los comerciantes que el gobernador tenia dispuesto visitarle el dia siguiente.

Era la pascua de Resurreccion, y Teuhtlile llegó, como se habia anunciado, antes del medio dia. Iba seguido de un numeroso acompañamiento, y saliendo

(8) El Baron de Humboldt, ha demostrado que la epidemia del *matlazahuatl*, tan fatal á los aztecas, es esencialmente diferente de la fiebre biliosa de nuestros dias. Ciertamente los primeros conquistadores y colonos no mencionan esta enfermedad, y Clavijero asegura que no se conoció en Méjico hasta el año de 1725. (Stor. del Messico, tom. I, p. 117, nota.) Humboldt, sin embargo, arguyendo que las mismas causas físicas deben haber producido iguales resultados, da mayor antigüedad al mal, del cual encuentra algunos vestigios tradicionales é históricos. „Il ne faut pas confondre l'époque," observa con su acostumbrada penetracion, „à laquelle une maladie a été décrite pour la première fois, parce qu'elle a fait de grands ravages dans un court espace de temps, avec l'époque de sa première apparition." Essai Politique, tom. IV, p. 161, et seq., y 179. „Es necesario no confundir la época en que una enfermedad ha sido descrita por la primera vez, porque ha hecho grandes estragos en un corto espacio de tiempo, con la época de su primera aparicion."

á encontrarle Cortés, le condujo con mucha ceremonia á su tienda, donde estaban reunidos los principales oficiales. El gefe azteca correspondió á sus saluciones con atenta pero formal cortesía. Celebró misa el padre Olmedo, y Teuhtlile y los que le acompañaban asistieron con reverencia y compostura. Se sirvió despues una ligera colacion, en la cual el general obsequió á su huésped con vinos y confituras españolas. Concluida, fueron introducidos los intérpretes, y principió una conversacion entre los dos caudillos.

Las primeras preguntas de Teuhtlile se refirieron al pais de los extrangeros, y al objeto de su visita. Cortés le dijo „era súbdito de un poderoso monarca, de mas allá de los mares, que gobernaba un extenso imperio y tenia reyes y príncipes por vasallos. Que sabedor de la grandeza del emperador mejicano, habia deseado entablar comunicacion con él, y le habia mandado como su embajador á visitar á Montezuma, trayéndole un presente en señal de amistad, y un mensaje que debia entregar personalmente.” Concluyó preguntando á Teuhtlile, cuándo podria ser admitido á la presencia de su soberano.

A esto el noble azteca contestó con algun orgullo: „cómo es que habiendo estado aquí solo dos dias, ya pretendéis ver al emperador?” Luego añadió con mas cortesía: que „estaba sorprendido de saber que habia otro monarca tan poderoso como Montezuma; pero que si era así, no le cabia duda en que su amo tendria mucho gusto de entablar con él comunicacion: que enviaria expresos con el real presente traído por el comandante español, y tan pronto como supiese la voluntad de Montezuma, se la participaria.”

Mandó entonces Teuhtlile á los esclavos sacaran los presentes dedicados al general español, que consistian en diez cargas de fino algodón, varias mantas de aquellas curiosas obras de pluma, cuyos ricos y delicados tintes podian rivalizar con la pintura mas hermosa, y una gran cesta llena de adornos de oro labrado, cuyos regalos habian sido dispuestos con el fin de inspirar á los españoles una elevada idea de la riqueza é ingenio mecánico de los aztecas.

Cortés recibió estos presentes con la debida atencion, y previno á sus sirvientes extendieran ante el gefe los efectos destinados á Montezuma. Eran estos una silla de brazos ricamente esculpida y pintada, un gorro de paño carmesí que tenia una medalla de oro, en la que estaba grabada San Jorge y el dragon, y una cantidad de collares, brazaletes y otros adornos de cuentas de vidrio, que en un pais donde no se conocian, podian considerarse de tanto valor como las piedras preciosas, y sin duda pasaron por tales entre los inexpertos mejicanos. Teuhtlile reparó en un soldado que llevaba un reluciente yelmo dorado, el cual dijo le recordaba uno que usaba en Méjico el dios Quetzalcoatl, y mostró deseo de que Montezuma lo viese. La venida de los españoles, como pronto verá el lector, estaba asociada de algunas tradiciones sobre esta misma divinidad. Cortés manifestó su buena disposicion para que se enviara el casco al emperador, indicando la esperanza de que se le volviese lleno del polvo de oro que producía el pais, á fin de que pudiera comparar su calidad con la del suyo. Dijo ademas al noble indio, segun asegura su capellan, „que los españoles adolecian de una enfermedad de corazon, para la cual el oro era un remedio especí-



Pintar los indios el ejército de Cortés: hácele este poner en movimiento y quedan asombrados.

fico" (9). „En suma," dice Las Casas, „trató de manifestar muy claramente al gobernador su necesidad de oro" (10).

Mientras esto pasaba, observó Cortés que uno de los que acompañaba á Teuhtlile, se ocupaba, al parecer, en delinear algun objeto con un pincel. Examinando su obra, vió que era un bosquejo sobre un lienzo de los españoles, sus trajes, armas, y en una palabra, de varios objetos interesantes, cada uno con su propia forma y color. Esta era la célebre escrito-pintura de los aztecas, y segun Teuhtlile le informó, este hombre se empleaba en dibujar aquellos diversos objetos para que los viese Montezuma, y de esta manera tuviese una nocion mas clara de su forma, que la que pudiera formar por cualquiera descripcion de palabra. Cortés se manifestó complacido de la idea; y como conoció cuánto se aumentaría el efecto convirtiendo la inmovilidad en accion, mandó que la caballería saliera á la playa, cuyas húmedas arenas proporcionaban piso seguro para los caballos. El impetuoso y rápido movimiento de las tropas al hacer sus evoluciones; la aparente facilidad con que dirigian los fogosos corceles que montaban; el brillo de sus armas, y el penetrante sonido de la trompeta, todo llenó de asombro á los espectadores; pero cuando oyeron el trueno del cañon que Cortés mandó descargar al mismo tiempo, y presenciaron la llama y nubes de humo que salian de esta terrible máquina, y el horrisono choque de las balas contra los árboles de la cercana selva, cuyas ramas arrojaban en pedazos, se llenaron de consternacion, de la cual el mismo gefe azteca no estuvo del todo exento.

Nada de esto fué perdido para los pintores, quienes fielmente copiaron cada una de estas circunstancias, no omitiendo los buques, que llamaban „casas en el agua de los extrangeros," los cuales con sus oscuros cascos y velas tan blancas como la nieve, reflectadas en el agua, se balanceaban sobre la serena superficie de la bahía donde estaban anclados. Todo estaba pintado con una fidelidad, que á su vez excitó la admiracion de los españoles, que no muy preparados sin duda á encontrar esta habilidad, estimaron con demasiado exceso el mérito de la ejecucion.

Concluido todo esto, salió Teuhtlile del campo español con las mismas ceremonias con que habia entrado, dando orden á los habitantes de que proporcionaran á las tropas las provisiones y demas efectos que necesitaran para su comodidad, hasta recibir otras instrucciones de la capital (11).

(9) Gomara, Crónica, cap. 26.

(10) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 119.

(11) Ixtlilxochitl, Relaciones, MS., No. 13.—Idem, Hist. chich., MS., cap. 79.—Gomara, Crónica, cap. 25 y 26.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 38.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 4.—Carta de Veracruz, MS.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 13-15.—Tezozomoc, Crónica mexicana, MS., cap. 107.